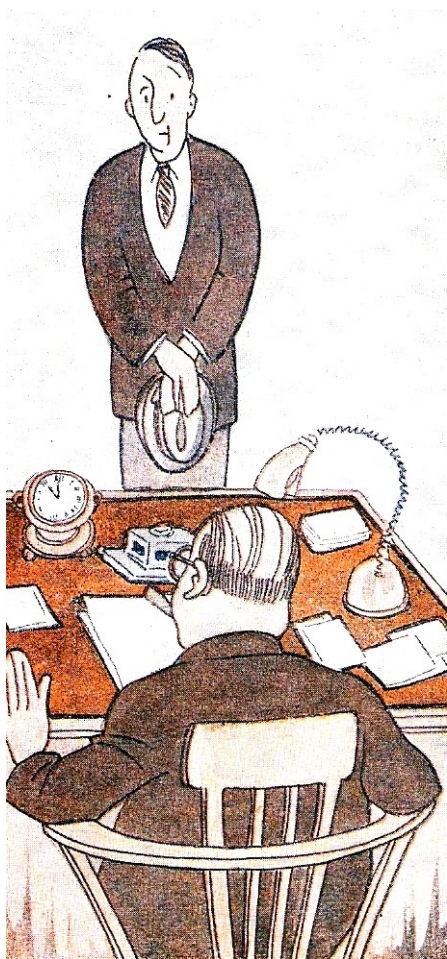


## UN BUEN "REPÓRTER"

Por José de Córdova (Ilustraciones de Pellicer)

La presente, como toda historia moderna "verdaderamente verídica" e interesante, se desarrolla en Yanquilandia.

En el momento de dar principio la acción son las once de la mañana, ni un minuto más ni uno menos, en los cuatro relojes de fachada, 82 de pared y 377 de mesa, instalados por la acreditadísima marca Stevenson en las distintas dependencias del edificio del *New York Gazette*, importante diario neoyorquino.



No hará falta añadir que aconsejamos a los lectores de estas líneas no adquieran artefactos cronométricos en la citada casa, pese a su tradicional y bien cimentada fama, ya que los tales objetos de precisión acabarían defraudándoles lamentablemente por su diáfana demencia. Un reloj normal, en perfecto estado de salud, jamás puede coincidir dignamente con sus semejantes, atributo esencial a la propia estimación.

Sentado este axiomático principio, pasemos al despacho de míster Brown, director y propietario del *New York Gazette*, a quien hallamos igualmente sentado.

En el preciso instante de extinguirse el eco de las once campanadas, uno de los 200 ordenanzas de la casa anuncia solemnemente:

-Un caballero dese verle, señor director.

-Que pase.

Un hombre de treinta y tantos años, rostro inteligente y robusta apariencia asómase con timidez al umbral de la estancia.

-¿Míster Brown?

-Se halla usted en su presencia, ¿Qué desea?

-Si usted me permite.

Y, tras extraer de los bolsillos de su americana la cartera, y de ella un papel, exclama, alargando éste:

-Una recomendación de sir Jerrys.

Momentáneamente, el nombre pronunciado aparta de su orgullosa y un tanto premeditada distracción, por él considerada

de distinción suma, a míster Brown; luego, ojeando la cartulina con gesto displicente y como sin concederle mayor importancia:

-¿Es usted el joven que quiere formar parte de la Redacción de mi periódico?

-Tal es mi deseo, señor.

-Bien; acérquese y tome asiento.

Y, tras hacerlo igualmente y lanzar al espacio densa bocanada humeante de su gigante veguero:

-¿Con qué títulos cuenta usted para realizar su deseo?

-Poseo una carrera, idiomas, certificados acreditativos de aptitud de algunos editores y, desde luego, una gran dosis de buena voluntad.

-Esto último no sirve. El infierno dicen que está empedrado de buenas voluntades. Mas vayamos por partes. ¿Cuál es la carrera de usted?

-Abogado, señor.

-Pchs. Poseo cincuenta y seis repórters que son otro tanto. ¿Idiomas?

-Francés, alemán, español...

-Vamos, lo corriente. Si al menos conociese el lenguaje de algunos de esos pueblos selváticos de Asia y Oceanía podríamos enviarle allí como redactor especial. ¿Seguramente habrá usted viajado?

-Mucho, por desgracia: he participado en diversos negocios que no resultaron todo lo satisfactorios que era de esperar. Conozco Europa, casi toda América del Norte y del Sur y numerosas factorías de la costa africana.

-Basta. Europa, continente demasiado antiguo y de poca importancia; África, copia suya de peor calidad; en cuanto a América no vamos a intentar descubrirla ahora a nuestros lectores. En resumen, hasta el momento, nada.

El visitante observa fijamente durante algunos segundos el rostro de su interlocutor. ¿Hablará en serio? El tono grave y pausado con que prosigue el interrogatorio no deja lugar a dudas.

-Veamos, joven; cíteme otros méritos en abono de su pretensión.

-Poseo cierta experiencia en asuntos militares; hice la gran guerra.

-Existen en el mundo varios millones de hombres que hicieron igual.

-En ella conseguí algunas medallas y ser citado en la orden del día por mi comportamiento.

-Reduzcamos a varios cientos de miles los millones de antes, y ya está.

-Alcancé el grado de oficial.

-Bien, dejémoslo entonces en miles solamente.

Además, recibí dos heridas luchando por mi bandera.

-Es una suerte inmensa, joven, haber sido honrado por la mano de la Fortuna para derramar la sangre en holocausto de la Patria; en esta misma casa hay empleados ya veintitantos seres en iguales y aun peores circunstancias que usted, carentes algunos de varios miembros.

-No es culpa mía si...-intenta oponer el aspirante a colocación.

-Prosigamos. ¿Domina usted el arte fotográfico?

-Fui gran aficionado al objetivo años atrás, y, a juzgar por manifestaciones de algunos peritos en la materia, realicé trabajos notables; en instantáneas, particularmente, recuerdo haber sorprendido momentos muy interesantes.

-Perfectamente; usted me podrá presentar, sin duda, las pruebas notables de aquellas aptitudes.

-¡Oh, no! Mis positivas iban a parar a manos de otros aficionados o de amigos; no guardo ninguna. Opino que es poco interesante conservar reproducida la imagen de semejantes nuestros a quienes desconecemos en absoluto.





-¿Qué está usted diciendo? Eso es una monstruosidad; ahora me explico que le fuera tan mal en los negocios con esa manera de pensar. Sepa usted que el perfecto periodista debe coleccionar cuidadosamente todas las fotografías de su vida, aun las de más mínimo valor a primera vista. Quién le garantiza que el rostro de una persona vulgar y oscura no se convertirá, andando el tiempo, en efigie de un héroe o un famoso artista.

-Yo, señor, quise decir...

-Continúo. ¿Conoce usted los deportes?

-Ciertamente –contesta el interpelado sin poder disimular en su faz repentina esperanza–, y hasta practico varios de ellos: boxeo, automovilismo, aviación...

-Calma, calma. Tenemos en el Estado de Nueva York 25.000 boxeadores, según las últimas estadísticas; en cuanto a automovilismo, sólo Ford lleva no sé cuántos millones de coches fabricados, y es de creer que todos ellos tendrán su correspondiente conductor, dado que aún no e inventó la circulación sin guía humana.

-Pero la aviación, en cambio...

-Hace apenas un lustro tales conocimientos hubiesen sido importante recomendación en su favor; pero en la actualidad... Se trata de un deporte al alcance de cualquiera, qué digo cualquiera, hasta las mujeres han atravesado varias veces el Océano. Si al menos supiese nadar bien.

-Como un tritón, señor; pero un maldito reuma, contraído en las trincheras, me impide ahora practicar este deporte.

-Otra oportunidad perdida; batiendo un record de travesía a nado en cualquier parte, ahora que está eso de moda, se hacía acreedor a cierta popularidad en beneficio de nuestro rotativo. En fin, no se diga que no hice todo lo posible por admitirle; encaminemos las pesquisas por otro lado. ¿Usted seguramente estará casado con alguna estrella de cine?

-¡Oh, no, señor! -replica modestamente el aspirante-. Soy soltero.

-¿Tampoco eso? ¿En qué ha estado usted pensando, joven? Voy convenciéndome de que realmente no sirve usted para nada. En nuestros estudios de *cinema* trabajan actualmente varios millares de *estrellas* casadas a su vez con otros tantos millares de seres perfectamente ajenos a la pantalla, ya que es opinión casi unánime entre aquellas la poca conveniencia de unir su vida a personas de su misma profesión. Cada uno de esos maridos es el sucesor de una larga lista de esposos que las flamantes damas se procuraron para su reclamo o distracción provisional, y he aquí que no es usted cónyuge ni siquiera divorciado de ninguna de ellas. ¡Descuido imperdonable!

-Una pregunta, señor- suspira, completamente desorientado el ex héroe-. ¿Qué relación podía guardar un matrimonio mío de esa índole con su periódico?

-Joven, es usted desconsoladoramente profano en estos asuntos. *New York Gazette* publicaría fotografías y otros detalles íntimos de la vida particular de la *estrella* –la gente es tan curiosa! –, y tendríamos asegurado un excedente de tirada durante buena temporada. En fin, la última tentativa; si mal no recuerdo, dijo usted que sus viajes le habían permitido conocer América palmo a palmo.

-Así es, excepto Canadá y algún pequeño Estado central.

-Pues bien, ¿cuántas revoluciones fraguó usted? Dígame, al menos, el número de ocasiones en que fue usted candidato a la presidencia en alguna de las Repúblicas visitadas.

-Lo lamento, señor, pero en política sólo conseguí salir concejal años atrás por mi circunscripción.

-Concejal, poco es; como los boticarios de todos los pueblos. Vaya, es inútil seguir –exclamó místico Brown, levantándose nervioso–. Le aconsejo que dedique sus actividades a otra cosa, no sirve usted para nuestro oficio. Avisaré al señor Jerrys que hice todo cuanto estuvo en mi mano por complacerle, pero...

-Le ruego, señor director, que no haga tal. Sir Jerrys es antiguo amigo de casa y sentiría que llegase a sus oídos noticia alguna de mi inutilidad.

-Conforme; en ese caso deme su nombre y dirección, y, si encuentro colocación adecuada para usted, algo que encaje a sus escasas posibilidades, dejaré encargado que se le avise.

-Agradecidísimo.

Tímidamente, alarga una pequeña cartulina, que el potentado del papel curioseaba de refilón. El fracasado *repórter* avanza hacia la puerta que le vio entrar lleno de optimismo.

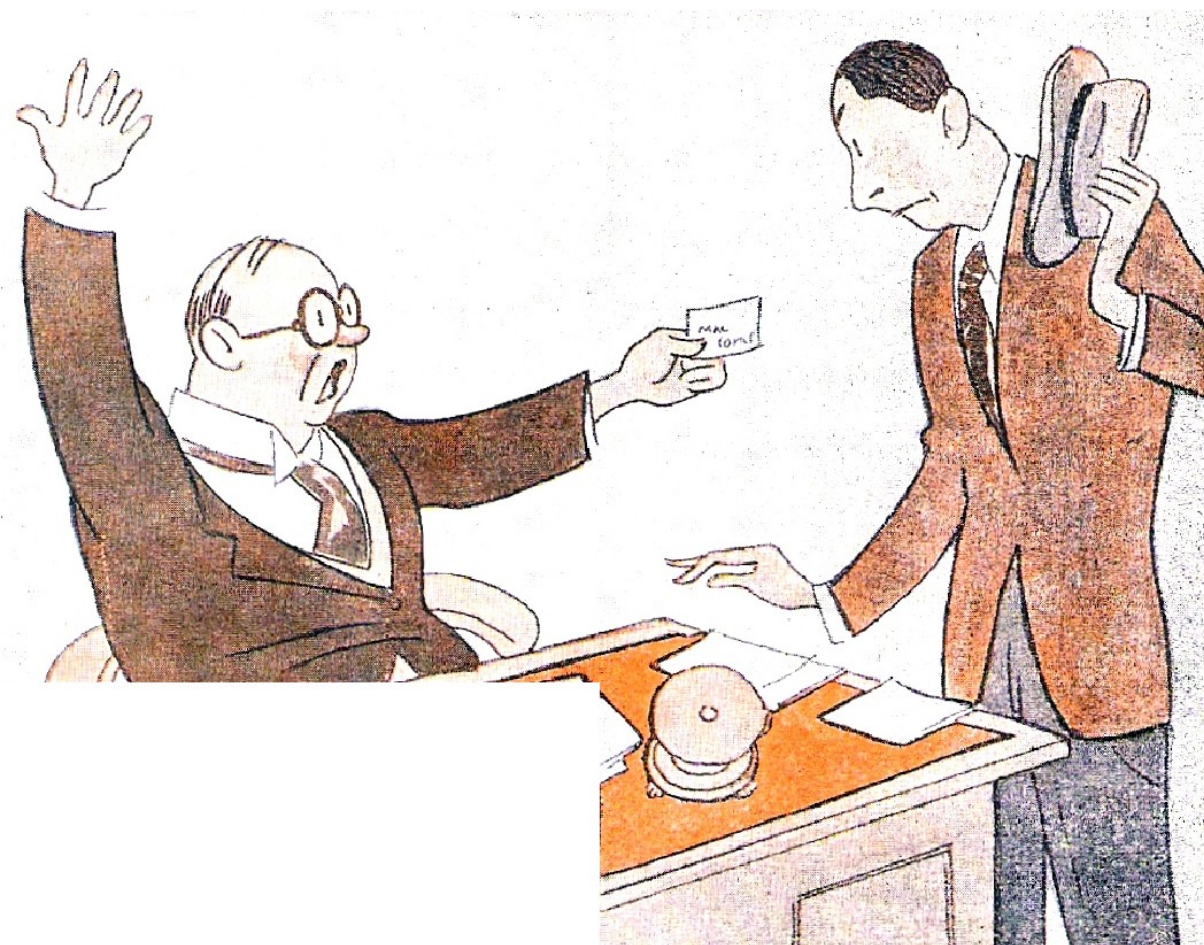
-Eh, eh, aguarde un momento. Mac Cornell...Mac Cornell... ¿De dónde me suena su segundo apellido? Ah, caramba, ¿es usted acaso pariente de aquel Jim Jeffries, el destripador de niños de Boston?

-Señor –murmura vacilante el ex combatiente–, no me recuerde esta página amarga del libro familiar; todos han olvidado aquello. Por otra parte, el desalmado asesino no tenía conmigo más relación de consanguinidad que la de ser primo tercero de un sobrino segundo de mi abuelo.

-¡Al fin! Espere un instante; ya me extrañaba a mí no poder sacar partido de un joven de cara tan inteligente como la suya.

Y, dirigiéndose al redactor-jefe, acudido súbitamente a un timbrazo:

-Harry, ocúpese de este caballero. Desde ahora mismo forma parte de la Redacción con cien dólares semanales. ¡Ah!, y tome estas líneas, que publicará con grandes caracteres en la primera plana de la próxima edición.



Todavía antes de partir, míster Brown demanda confidencialmente al oído de nuestro joven:

- ¿Conoce usted alguna novela de aventuras? Con la conversación olvidé preguntarle.
- Apenas tuve tiempo en mi existencia de hojear otros libros que los de mi carrera.
- Pero tal vez en ratos de ocio picó su curiosidad algún título emocionante de folletín.
- De ese estilo sólo recuerdo haber leído a los quince años a Conan Doyle y algunos tomos de Dumas.
- Bravo, muy bien; es suficiente, suficiente...

Segundos después, abandonan el despacho de míster Brown el redactor-jefe y el asombradísimo *repórter* de nuevo cuño.

*New York Gazette* de aquella misma tarde inserta a media plana la siguiente nota:

#### "ADQUISICIÓN SENSACIONAL

A partir de mañana, este periódico comenzará a publicar las Memorias, plenas de interés extraordinario, del célebre Jim Mac Cornell, el *as* de los asesinos mundiales, el malogrado *recordman* del crimen, muerto por la Policía años atrás, la mayoría de cuyas hazañas quedaron en el misterio. Tan sensacional y emocionante relato, cuyo autor es un cercano pariente de Jim, testigo presencial de varios de sus crímenes, será publicación exclusiva de *New York Gazette*, que no ha vacilado en pagar trescientos mil dólares por dicha exclusiva, en atención al número cada vez más selecto y elevado de sus favorecedores".

Míster Brown, al leer el atrayente suelto, obra suya, sin quitar punto ni coma, frótase las manos con satisfacción, mientras exclama, *in mente*:

- Esta juventud moderna cree que sabe tantas cosas, y, si no se le encaminase de vez en cuando, no serviría para nada útil.

